

LA UTOPIA DE LAS NORMAS. DE LA TECNOLOGÍA, LA ESTUPIDEZ Y LOS SECRETOS PLACERES DE LA BUROCRACIA. DAVID GRAEBER.

Barcelona: Ariel, 2015.

Edgar Straehle¹

El prolífico David Graeber, después de haber publicado textos fundamentales como *En deuda* o *Somos el 99%*, dedica su última obra a disparar contra la burocracia. Lo hace en un escrito vivaz y ameno, impregnado de un tono conversacional, donde se entremezclan lo académico, lo anecdótico y lo autobiográfico. El resultado es un libro original y no exento de densidad teórica, gracias a la profusión de intuiciones penetrantes e iluminadoras. Se lo puede caracterizar también como una excursión intelectual compuesta de tres ensayos (más introducción y apéndice) hilados a su manera por la cuestión de la burocracia, que enfoca desde una pluralidad de perspectivas, entre las que se incluyen aproximaciones al cine o la narrativa fantástica.

El propósito de *La utopía de las normas* es manifestado desde un buen principio y puede ser resumido como la voluntad del autor de acometer una nueva y actualizada crítica a la burocracia, de resituarla como una de las cuestiones centrales a la hora de examinar el presente. En contraste con la situación de hace dos generaciones, afirma Graeber que “hoy en día nadie habla mucho de la burocracia” (pp. 7). Aunque como se descubre más adelante, ese nadie designa en realidad a un nadie entre el sector de la izquierda que, atrincherada frente a la avalancha neoliberal, permanece interesadamente callada o incurre en contradicciones en las que de manera absurda se fusionan los peores elementos de la burocracia con los peores del capitalismo (pp. 10).

Por supuesto, el neoliberalismo (pensemos en la enorme influencia de la escuela del *New Public Management*) sí que dispone de una conocida y consolidada crítica a la burocracia que airea sin cesar a los cuatro vientos y que incluye en sus programas políticos. Sin embargo, Graeber recalca que se trata de una crítica superficial y populista, focalizada en lo económico, que no acierta a captar el quicio del asunto y que se esgrime con el fin de realzar la eficiencia del libre mercado y

¹ Universidad de Barcelona. El presente texto se ha realizado dentro del marco del proyecto de investigación “Filósofos del siglo XX: Maestros vínculos y divergencias” (FFI2012-30465) y del GRC “Creació i pensament de les dones” (2014 SGR44).

justificar la privatización de los servicios públicos. En realidad, hay que precisar que la diana contra la que apunta el autor no es tanto la administración estatal como todo un conjunto de procedimientos burocráticos que también han sido adoptados, desarrollados y optimizados en el mundo de la empresa.

La primera dificultad con la que Graeber se topa consiste en que el olvido mencionado se explica porque nos hemos acostumbrado completamente a la burocracia (pp. 8 y 141). Ésta aparece como un problema invisible porque ha dejado de parecer extraña y se ha convertido en nuestra triste y repetitiva rutina diaria. En el presente predomina una cultura de la evaluación y del credencialismo donde la burocracia aparece como una realidad sustitutoria que inunda la vida de papeleo a la hora de querer hacer cualquier cosa: bajo este ángulo, nada es real si no puede ser contabilizado o auditado, si no se adapta a los respectivos cánones burocráticos, de modo que la posesión de un título puede ser a menudo más determinante que el dominio de la destreza correspondiente. Al ser leída en clave burocrática, el verdadero rostro de la realidad acaba por ser desatendido y desdeñado.

Sin embargo, lo que alerta a Graeber es que la rutinización del problema conduce a desactivar la protesta, toda vez que el recurso a la burocracia es interiorizado como una manera “normal” e inevitable de gestionar cualquier tipo de asunto. Haciendo alusión a la célebre frase que se emplea para justificar la democracia, se podría catalogar entonces a la burocracia como la menos mala de todas las formas de gestión. Se consume así lo que Graeber denomina un proceso de burocratización total del mundo que afecta a prácticamente todas las personas y que, lejos de ser neutral e inocuo, esconde y promueve la multiplicación de actos de injusticia (pp. 21), pues las reglas y las regulaciones se convierten entonces en instrumentos desde los cuales extraer beneficios mediante la imposición de normas que encuentran cobijo en su formulación impersonal. En tanto que administración, la burocracia se revela de este modo como una forma y una estrategia de poder detrás de la cual se esconden nuevos tipos de dominación. En última instancia, y éste constituye un punto central, añade que la misma burocracia se halla firmemente respaldada por la amenaza de la fuerza y de la violencia (pp. 61ss).

De este proceso de burocratización total se derivan diversos problemas en los que se evidencia que la utopía de las normas del título enmascara un rostro más bien distópico. Para empezar, Graeber pone énfasis en que los actuales modelos de gestión se justifican sobre un discurso de la eficiencia y de la rentabilidad que

denuncia simple y llanamente como un mito. En su opinión, la burocracia se descubre más bien como un aparato rígido que no deja de absorber y malgastar sin cesar una excesiva cantidad de tiempo y energía. El antropólogo piensa en el campo del saber como ejemplo paradigmático (pp. 135ss), pero también enfatiza que la burocracia, en tanto que bastión por excelencia del *statu quo*, ha acabado por lastrar el desarrollo de la innovación, cada vez más restringida a la tecnología de la información.

Para seguir, Graeber insiste en que las burocracias, lejos de distinguirse por la racionalidad que le atribuyó Max Weber, “no son tanto por sí mismas formas de estupidez como formas de organizar la estupidez” (pp. 84). Más adelante echa más leña al fuego y agrega que los procedimientos burocráticos poseen la sorprendente capacidad de que la gente más lista se comporte como idiota (pp. 97). Aunque el aspecto más interesante de esta cuestión reside en los efectos que generan los tipos de relaciones que se instituyen: una vez que la burocracia se consolida como realidad hegemónica, no es ésta la que se adapta a sus usuarios sino la que demanda a éstos que lo hagan y por ello, basándose en la obra de la feminista bell hooks, indica que entonces se alimentan estructuras asimétricas que también hallan su correlato en la imaginación: esto es, se fomentan “divisiones entre una clase de personas, que acaban efectuando casi toda la labor de interpretación, y la otra, que no la realiza” (pp. 96). Y es que la burocracia puede permitirse el lujo de ignorar cómo son y qué quieren las personas, pues son éstas las que la necesitan y las que deben movilizarse, conocerla y ajustarse a sus reglamentos. Al fin y al cabo, la burocracia no deja de participar en lo que denomina la pereza ínsita al poder, que, según Graeber, “tiene que ver con aquello de lo que uno *no tiene* por qué preocuparse, *no tiene* por qué saber y *no tiene* que hacer” (pp. 103).

Por último, la burocracia, además de reposar sobre la amenaza de la violencia física, también se yergue sobre una violencia estructural que no cesa de proteger, reproducir y propagar. Por ello, el antropólogo estadounidense no oculta su posicionamiento político y se sitúa explícitamente bajo la estela de los movimientos de protesta de los años 60, que retrata como rebeliones contra la burocracia y contra el pensamiento burocrático. Agrega que la izquierda debe consistir en una ontología política de la imaginación (pp. 90). Con el propósito de enfrentarse a las relaciones de asimetría del imaginario burocrático, Graeber propugna el cultivo de una imaginación alternativa y emancipatoria, sin la cual el verdadero cambio social no es factible, pues propende a difundir unas pautas de racionalidad, y una falsa concepción de libertad, que asfixian la vida y la espontaneidad de las personas.

En este contexto, resultan de particular interés sus reflexiones en torno al juego (*play*), por la expresión de energía creativa que desencadenan. También su original análisis de la ciencia ficción, cuyos mundos de fantasía destacan por carecer de burocracia. O que, en la línea de su libro *Somos el 99%*, reivindique los movimientos de la Primavera Árabe, los indignados españoles y Occupy Wall Street, en tanto que “demostraciones prácticas de cómo se podía ejercer la democracia directa delante de las narices del poder y experimentos de cómo podría ser un orden social genuinamente no burocratizado, basado en el poder de la imaginación” (pp. 103). A la hora de la verdad, empero, no está tan claro que en el 15-M no dejaran de aparecer formas de organización que adoleciesen de defectos como los que en general se les echa en cara a la burocracia.

De manera consciente o no, el mismo Graeber cambia gradualmente el tono de la exposición conforme avanza el libro. Lo que en un principio parecía una diatriba antiburocrática *tout court* acaba por aproximarse a la tesis de su inevitabilidad. Él mismo se encarga de puntualizar que la burocracia despierta un inestimable atractivo entre la gente gracias a su impersonalidad, que una vez que se ha creado es casi imposible eliminarla o que, lejos de ser un fenómeno moderno, su aparición se remonta en el tiempo más allá de la revolución urbana, como si no fuera posible pensar la existencia de nuestra cultura sin su presencia (pp. 174). El epítome de todo ello es la derrotista sentencia con la que arranca su tercer ensayo: “todo el mundo se queja de la burocracia. Los mismos ensayos incluidos en este libro consisten, todos ellos, en quejas sobre ella. A nadie parece gustarle mucho la burocracia, y sin embargo, parecemos tener cada vez más” (pp. 149).

Se podrían enumerar otros aspectos del libro, tales como el apéndice que dedica a analizar la última película de Batman como alegato en contra de *Occupy Wall Street* o la sugestiva descripción del servicio de correos alemán, a fines del XIX, que inspiró las afirmaciones de Max Weber acerca de la racionalidad de la burocracia y que Lenin llegó a ver como el ejemplo a seguir para la economía socialista (pp. 156-157). Y es que el libro es difícil de reseñar porque los argumentos no se construyen de manera lineal, sino dando vueltas desordenadas sobre sí, realizando interrupciones abruptas y dejando algunos cabos sueltos por el camino. Más que una obra exhaustiva y analítica, deberíamos hablar de un texto que se presenta como una suerte de *food for thought*.

Ahora bien, eso no quita que, pese a la indudable brillantez de Graeber, se puedan elevar unos cuantos reparos. Primero, que el abordaje que hace del tema o el deseo de negarse a escribir una obra académica no excusa que no haya habido una mayor

profundización bibliográfica. Más allá de útiles referencias clásicas como Hannah Arendt, Michel Crozier o Zygmunt Bauman, cuyas observaciones siguen siendo fértiles, habría sido provechoso entablar una discusión con un reputado sociólogo como Paul du Gay, en la medida en que probablemente sea el más importante defensor del *ethos* burocrático en el campo de la izquierda y quien, desde la irrupción del thatcherismo, se ha enfrentado heroicamente a la moda de desprestigiar la burocracia. Y es que a veces uno tiene la impresión de que el texto de Graeber recae de manera reiterada en la falacia del hombre de paja a la hora de lanzar sus dardos contra la burocracia y que eso puede repercutir en la relevancia de su necesaria crítica.

Del mismo modo, hubiera sido recomendable una elaboración conceptual de mayor calado, donde un término central como el de burocracia no es propiamente examinado en su complejidad sino que, como si fuera una realidad homogénea cuyo significado es compartido de manera tácita por el grueso de la gente, básicamente parece darlo por sobreentendido. En este mismo orden de cosas, hace alusión a la violencia burocrática (pp. 83), sin profundizar en ella ni preocuparse por rastrear los nuevos tipos de violencia que se promueven gracias a las oportunidades que brinda la burocracia. Ése sería el caso de la burorrepresión, el uso discrecional de sanciones administrativas como forma de desarticular la protesta política, estudiada por el profesor Pedro Oliver.

A nuestro parecer, uno de los principales desafíos del presente consiste en la comprensión de un fenómeno como el burocrático, tan cercano y en realidad tan lejano a la vez, tan huidizo precisamente porque creemos conocerlo bien, que se cobija en una opacidad que impide que lleguemos al conocimiento de su verdadero funcionamiento interno. El texto de Graeber proporciona pistas e intuiciones de gran provecho. Como él mismo admite, el libro no es la crítica general de la burocracia que se necesita sino el intento “de generar un debate que está pendiente desde hace tiempo” (pp. 47). En este sentido, su propósito lo logra con creces.